

---

 SAN DOSITEO, DISCIPULO DE SAN DOROTEO

No se distinguió este santo por extraordinarias penitencias ; pero no por eso fué ménos agradable al Señor el sacrificio de su voluntad.

No se conocen el lugar ni el tiempo de su nacimiento : sólomente se sabe que fué educado en la casa de uno de los principales oficiales del ejército imperial en cualidad de paje ó de pariente, el cual le amó tan tiernamente como si fuese su hijo. Le dió, por lo tanto, una educación puramente hummna, sin cuidarse en nada de la religiosa. El jóven Dositeo tenia un buen carácter y un corazón susceptible de las impresiones de la piedad ; pero como tenia tan mala escuela, corria peligro de inficionarse con las corrompidas máximas del mundo, si en él permanecía mucho tiempo.

La Providencia vino en su auxilio. Hablando un día con otros amigos, recayó, la conversación sobre la ciudad de Jerusalém, que se llamaba la Ciudad santa, y concibió vehementes deseos de emprender un viaje á ella. Pidió permiso á su bienhechor, que por lo mismo que nada le rehusaba, se lo concedió, y rogó á uno de sus íntimos amigos, que se preparaba precisamente á emprender este viaje, que lo llevase consigo, y lo cuidase con el mayor esmero. Accedió gustoso este amigo, y durante el viaje le prodigó toda clase de consideraciones.

Despues de visitar los santos Lugares pasaron à Gethsemaní, en donde, entre otras curiosidades, encontró Dositeo un cuadro que representaba las penas con que la justicia divina castiga á los pecadores en el infierno. Fijó en él su

mirada, y su espíritu quedó impresionado de santo temor, no comprendiendo lo que significaban estos terribles tormentos, que se representaban de una manera tan viva. Miéntas se hallaba, absorto en esta contemplación, vió cerca de sí á una señora de una majestad y de una belleza extraordinarias, que le explicó todo lo que aquel cuadro significaba, y le expuso detalladamente las penas de los réprobos. Escuchóla Dositeo con el mayor silencio y sorpresa : pues era la primera vez que habia oido hablar del juicio y del infierno.

Este discurso le impresionó de una manera extraordinaria, y el temor de caer un dia en la desgracia cuya triste imágen tenia ante su vista, le hizo suplicar á esta señora, que le dijese lo que debia hacer para evitarla. Ella le dió bondadosamente una lección, haciéndole conocer con la mayor claridad, que estaba destinado á la vida monástica : « Es preciso, le dijo, que ayunes, que te abstengas de comer carne, y que te apliques á una oración continua. » La que así hablaba no era una criatura mortal, pues, habiéndole dado esta lección, desapareció.

Dositeo, despues de esta aparición, se transformó enteramente, y comenzó á poner en práctica los consejos que acababa de recibir. Los que le veian quedaron admirados sin saber á que atribuir tan repentina mudanza, y le dijeron que aquel género de vida no convenia á un hombre de mundo, y que si tenia intención de seguirlo, debia retirarse á un monasterio.

Ignoraba en absoluto lo que era un monasterio, y habiéndose informado, manifestó deseos de retirarse á él. Dios, cuya Providencia le conducía paso á paso á sus fines, hizo que uno de los que le acompañaban y que conocía personalmente á san Sérido, lo presentase á él. El Santo, al ver á un jóven de gallarda presencia, educado esmeradamente y vestido con rico traje militar, formó desfavorable juicio

de su vocación, y temió ó que quisiese engañarle, ó que, deseando sinceramente ser monje, fuese su resolución efecto de un fervor pasajero.

En esta duda hizo llamar á san Doroteo, encargándole que lo examinase escrupulosamente. Hízolo el Santo, y viendo que todas sus aspiraciones se dirigian á salvar su alma, declaró á san Sérido, que, á su juicio, se hallaba animado aquel jóven de buenos sentimientos, y que no encontraba obstáculo en que se le admitiese á la profesión de la vida monástica. Entónces el santo abad le encomendó su dirección, hasta que adquiriese la instrucción necesaria para el estado á que aspiraba. San Doroteo se excusó en un principio, pues su profunda humildad le hacia creer que carecia de la capacidad suficiente para un cargo tan delicado, y suplicó á san Sérido que lo encomendase á san Barsanuvo, que era el oráculo del monásterio. Pero san Barsanuvo le envió á decir que lo tomase bajo su dirección, anunciándole que Dios queria servirse de él para salvar aquel alma.

San Doroteo no habia educado todavía á ningún discípulo, y demostró en este primer ensayo que se hallaba dotado del espíritu de sabiduría y discreción necesario para la dirección de las almas. Comprendió que Dositeo no se hallaba todavía en disposición de soportar todas las austeridades de la regla, y de sobrellevar los trabajos de los demás religiosos. Asi es que le impuso sólamente lo que podian sostener sus fuerzas, y recompensó la falta de austeridades con la continua renuncia de su propia voluntad.

Le fué imponiendo una abstinencia gradual, diciéndole en un principio que comiese todo lo que quisiera, dándole cuenta de la cantidad de manjares que consumiese. Dijo-le el primer dia que habia necesitado pan y medio. Está muy bién, le respondió el Santo. Pocos dias despues le or-

denó que cercenase una parte, y preguntaodole si habia quedado satisfecho; no del todo, respondió Dositeo; pero me va muy bién. Algún tiempo despues le ordenó que cercenase mayor cantidad, y viendo que soportaba esta abstinencia, le redujo á que no comiese más que seis onzas de pan, y algunos restos de peces y otras cosas que se reservaban para los enfermos.

Pidióle Dositeo ayudarle en el cargo de la enfermería que San Sérido habia encomendado á san Doroteo, y se consagró á este cargo con tanto celo y caridad que consolaba á los enfermos y edificaba á cuantos le veian. Era tan grande la vigilancia que sobre sí mismo ejercia, que, si alguna vez se le escapaba alguna palabra poco dulce, ó percibia haber faltado en alguna de las cosas que se le habian ordenado, concebía un vehementísimo dolor, se retiraba á su celda, y postrado en tierra, derramaba abundantes lágrimas, y pedía humildemente perdón de su fragilidad.

Los que le ayudaban en la asistencia á los enfermos, se enforzaban por consolarle, y no podian conseguirlo, sino llamando á san Doroteo, el cual le decia con aquella caridad que rebozaba en su corazón: ¿Qué tienes, Dositeo? Perdonadme, padre mio, respondia el humilde discípulo: me he dejado llevar de la cólera contra uno de mis hermanos, y le he hablado con aspereza. Pues bién, le replicaba el Santo, te has impacientado: ¿sabes que todos aquellos á quienes sirves son miembros de Jesucristo, y que á este amorosísimo Salvador es á quién sirves en su persona? ¿porqué has obrado así? ¿quieres affigir á este dulcísimo Padre, que considera como hechas á él las ofensas que se hacen á los demás?

El humilde Dositeo no respondia á esta dulce corrección mas que con lágrimas y suspiros, y san Doroteo, que consideraba su dolor, añadía: levántate y cobra ánimo: es preciso comenzar de nuevo y no volver atrás: procura no

caer en semejantes faltas : confío que Dios, en su misericordia, te concederá esta gracia.

La confianza que Dositeo tenía en la palabra de este Santo hacia que recibiese sus palabras, cual si brotasen de los labios del mismo Jesucristo. Se levantaba al punto, y volvía á su oficio con el mismo contentamiento y tranquilidad de espíritu, que si el mismo Dios le hubiese asegurado el perdón de su falta.

Ya hemos dicho que san Doroteo no había considerado conveniente que practicase las austeridades corporales con el mismo rigor que los demás religiosos, porque era de una complexión muy delicada, y se contentó con reducirle á la sobriedad que hemos indicado, no obligándole á asistir por la noche más que á la última parte del oficio; pero le redujo á la más perfecta obediencia, al desprendimiento más absoluto de todas las cosas, y á darle cuenta exacta de todos sus pensamientos y de todo lo que pasaba en el fondo de su alma. Dositeo observó estas prescripciones no sólomente con fidelidad, sino con grande gozo, no oponiendo nunca la más leve repugnancia. No quiere decir esto que san Doroteo le tratase siempre con dulzura y le dispensase las faltas pequeñas; ántes por el contrario, le reprendía con mucha frecuencia, le humillaba en muchas ocasiones, y le obligaba á pedir perdón de las más pequeñas faltas.

Un día en que el Santo visitaba la enfermería para ver si se hallaba todo en orden, le dijo Dositeo : Creo, Padre mio, que encontrareis limpias y bien hechas las camas. Es verdad, le respondió : eres muy buen enfermero ; pero veo que no eres tan buen religioso.

Reprendiéndole en otra ocasion de que, á causa de los hábitos que había contraído en el mundo, hablaba algunas veces con cierta rudeza : Aquí no falta, le dijo, más que una botella de vino : traela.

Obedeció al punto trayendo un pan y una botella. El Santo, que se lo había dicho con otro fin, quedó sorprendido y le preguntó que para qué había traído aquello. « Me habeis dicho que lo trajese, y vedlo aquí : dadme vuestra bendición. ¡ O insensato ! le replicó el santo abad, te he dicho esto, porque, á semejanza de los godos, hablas con tono rudo y con gritos. Toma esta botella para tí, pues que hablas como ellos. Entónces Dositeo se prosternó, pidió perdón y llevó la botella al sitio de que la había tomado.

Quando veía san Doroteo que necesitaba un hábito, le daba la tela para que lo hiciese, y cuando lo tenía concluido, en vez de dejárselo llevar, le ordenaba que se lo diese á otro religioso é hiciese otro para él, que una vez terminado también, se lo mandaba entregar á otro. El buen discípulo obedecía con diligencia y gozo, complaciéndose en que su padre espiritual contrariase su voluntad.

El procurador del monasterio llevó un cuchillo para el servicio de la enfermería, y lo entregó á Dositeo. Presentólo éste a san Doroteo pidiéndole permiso para usarlo. Tráelo, le dijo, para que yo vea si es bueno. Sí, respondió Dositeo, es muy bueno y á propósito para lo que yo quiero. Conoció el Santo por estas palabras, que le había agradado mucho, y queriendo arrancar de su corazón hasta la más pequeña raíz de apego á las cosas terrenas, le dijo : ¿ Por qué tienes satisfacción en estas cosas que nada valen ? ¿ quieres ser esclavo de un cuchillo, ó siervo de Dios ? ¿ no te dá vergüenza de que un triste cuchillo se enseñoree de tu corazón ? El santo discípulo bajó los ojos, demostrando con su actitud y su silencio que pasaria sin él por obedecerle, y san Doroteo añadió : Dá ese cuchillo á otro, y no toques á él. Obedeció inmediatamente, y vió con corazón tranquilo que los demás se sirviesen de él, sin pensar siquiera en que lo que á otros se permitía á él se negaba, y

no procurando otra cosa que obedecer con la más ciega prontitud.

En otra ocasión le sujetó san Doroteo á una prueba durísima, que resistió con la misma sumisión y tranquilidad de espíritu. Permittede que leyese la sagrada Escritura, y como lo hacia con un corazón puro, comenzaba á comprender sus ocultos misterios, pues Dios recompensaba su piedad con sus divinas luces. Cuando encontraba alguna dificultad, iba á consultarla con su padre espiritual. Éste, que no procuraba otra cosa que inspirarle una humildad profundísima, en lugar de satisfacerle, le respondía que nada tenía que decirle, y Dositeo se contentaba con esta respuesta seca, sin que por eso dejase de volver á consultarle. Un día en que vino á rogarle que le diese la explicación de un pasaje que no entendía bien, le respondió el Santo que fuese á pedírsela á san Sérido: pero san Doroteo habia prevenido á este santo abad, que le abultase la dificultad, en vez de resolvérsela, y le diese algún nuevo motivo para humillarle más.

Dositeo fué con la mayor sencillez en busca del santo abad, y san Sérido, en vez de contestar categóricamente á la pregunta que le hacía, le dijo con un tono severo. Muy inoportuno es que un hombre tan ignorante hable de cosas tan elevadas. Pensad más bien en vuestros pecados y en la vida tan mundana que llevasteis en el siglo. Añadió otras palabras no ménos mortificantes, y lo despidió de una manera destemplada. Pero todo lo sufrió el piadoso Dositeo con una dulzura angelical, comportándose de la misma manera en todas las pruebas á que le sometió san Doroteo: pues no fijaba su atención en lo que tenían de humillante y trabajoso, ni veía en ellas otra cosa que el deber de practicar la obediencia.

Bien pronto llenó la medida de la santidad con esta abnegación tan perfecta, pues al cabo de cinco años se

encontró cargado de merecimientos, cual si hubiese recorrido una larga carrera, y Dios le llamó á sí para recompensar su fidelidad. La enfermedad que le llevó á este venturoso término, fué una afección de pecho, acompañada de continua hemorragia, y aún cuando eran agudísimos los dolores que le producía, los soportó con la paciencia de un hombre consumado en la virtud, y hasta el último instante de su vida se ejercitó en la renuncia de su propia voluntad.

Habia oído decir que los huevos frescos servían para contener la sangre, y con frecuencia pensaba en este remedio tán fácil, por un efecto de la naturaleza que se resiste á la muerte. Se lo dijo á san Doroteo, á quién nada de lo que sentía en su corazón ocultaba; pero al manifestárselo, le rogó que no le obligase á tomarlo, porque pensaba frecuentemente en ello, y no quería hacer nada de lo que deseaba, sino sólomente lo que le ordenasen sus superiores: « Padre mio, le dijo, me han hablado de un remedio que dicen ser eficaz, y como nada os oculto, debo manifestároslo; pero os pido que no me lo mandéis, porque veo que me preocupa, y que pienso mucho en él. Dime, le respondió san Doroteo, ¿ cual es ese remedio? Dicen, replicó, que consiste en tomar huevos frescos, y yo os ruego que en nombre de Dios que no me lo mandéis, porque no quiero hacer otra cosa que lo que proceda espontáneamente de vuestra voluntad. Sí, dijo el Santo, así lo haré, y tú no te intranquilies. » En lugar de este remedio que no creyó eficaz, le dió todos aquellos que podían contribuir á su curación; pero el mal se fué agravando.

Durante todo este tiempo no perdía la presencia de Dios, y decía frecuentemente con devoción tierna y afectuosa: Señor mio, Jesucristo, verdadero Dios y hombre, tened piedad de mí: Hijo de Dios, venid en mi auxilio. Estas palabras son las que principalmente le habia encomendado

san Doroteo. « Dositeo, le decia, no dejes la oración. No « la dejo, le respondia ; pero orad tambien vos, padre mio, « por mí.

« A medida que se agravaba la enfermedad, le decia de cuando en cuando el Santo. « ¿ Como va la oración, Dositeo? Procuro, padre mio, no dejarla, y á vuestras oraciones sólomente debo esta gracia. De esta [manera continuó, hasta que, no pudiendo ya hablar, le recomendó el Santo que fijase en Dios su mirada interior, y que le considerase como presente.

Por último, como sufría mucho, dijo á san Barsanufio, que habia venido á verle : Padre mio, mandad que muera, porque ya no puedo más. Tén un poco] de paciencia, le contestó el Santo, pues ya está cerca, hijo mio, el momento de la misericordia divina. San Doroteo, que no le abandonaba y que veía los agudos dolores que experimentaba, llegó á temer que el demonio le tentase de impaciencia con detrimento de su perfección, y pocos dias despues dirigiendo Dositeo una mirada á san Barsanufio, le dijo con dulzura : Padre mio, no puedo vivir más. Pues anda en paz, le respondió, preséntate ante el trono de la Beatísima Trinidad, y ruega por nosotros. Entónces el hijo de la obediencia durmió el sueño de los justos en el seno de esta virtud, que habia sido como su nodriza en la religión, y que le habia elevado á la más tierna y sólida piedad.

Los religiosos que se hallaban presentes quedaron admirados de la seguridad que san Barsanufio le habia dado de su salvación. Su sorpresa llegó hasta la murmuración. ¿ Como, decian, por qué títulos ha merecido Dositeo estas palabras tan consoladoras? ¿ en donde están las grandes obras que ha practicado? Hacian comparación con las extraordinarias austeridades de otros religiosos, algunos de los cuales pasaban dos dias sin comer, y entregados á continua vigilia. Como nada de esto habian visto en Dositeo,

que, ántes por el contrario, habia sido dispensado de estos trabajosos ejercicios, no podian comprender, que, habiendo vivido tan pocos años en el monasterio, hubiese llegado á una perfección á que ellos aspiraban con maceraciones y prácticas laboriosas.

Pero pensaban de esta manera, porque ignoraban el camino de renuncia y abnegación, por el cual Dositeo habia llegado á ella, camino tan trabajoso para la naturaleza como las mortificaciones exteriores, en que se apoya muchas veces el amor propio ; miéntrás que la muerte á la propia voluntad, á que habia tenido la dicha de llegar Dositeo, fué á un mismo tiempo la muerte de su amor propio y la vida de su alma. Así es que no tardó Dios en manifestar á estos religiosos cuán injustas eran sus quejas, y á cuán sublime grado de gloria habia elevado la obediencia á Dositeo. Pues habiendo venido algún tiempo despues á este monasterio un solitario de una virtud eminente, y habiendo pedido á Dios que le manifestase los méritos y la gloria de los religiosos de esta casa, los vió reunidos en coro, y en medio de estos venerables ancianos á un joven novicio, fijándose en todas las señas de su rostro, en su talla, en sus cabellos y en todo aquello que lo distinguia de los demás. Habló de él con grande admiración á todos los religiosos, y por el retrato que hizo, vinieron en conocimiento de que era Dositeo. Estó les movió á glorificar al Señor y á alabar las riquezas de su misericordia. Entónces comprendieron todo el mérito de la obediencia, y la sabiduría y discreción con que habia conducido san Doroteo á su discípulo á esta santidad consumada.

Hablando de él mismo san Doroteo en sus instrucciones ascéticas, hacia mencion de esta visión y del mérito de san Dositeo á quién proponia como modelo de santo desprendimiento. « Ved aquí hermanos míos, le decia, cuantos « progresos se hacen destruyendo poco á poco la propia

« voluntad. Prueba evidente de ello es el ejemplo del bienaventurado Dositeo. Vosotros sabéis que, durante el tiempo que estuvo en el siglo, vivió en la molición y en medio de los placeres: sabéis también con cuánta prontitud este hombre, que nunca había oído hablar de Dios, se elevó á una perfección eminente, renunciando á su propia voluntad y abrazando una perfecta obediencia. Tampoco ignorais la manera con que Dios ha glorificado á su siervo, no permitiendo que una virtud tan resplandeciente permaneciese oculta á los hombres, puesto que en una visión lo ha mostrado á un solitario, gozando en la compañía de los santos de la eterna bienaventuranza. »

Este pasaje de san Doroteo es un resumen de lo que acabamos de decir de su bienaventurado discípulo, y confirma la verdad de su historia, que los críticos, especialmente los Bolandistas y Baillet, consideran muy digna de ser leída, y que fué escrita por otro discípulo del mismo Santo, y por consiguiente, por un autor contemporáneo, que pudo ser testigo ocular de los hechos que refiere. A este mismo autor se atribuye el fragmento de la carta que hemos copiado al fin de la vida de san Doroteo.

---

#### DOCTRINA ESPIRITUAL DE SAN DOROTEO

San Doroteo no fué sólo un autor ascético, sino un fiel depositario de la fé. Así lo dice el autor en el prólogo de sus obras, asegurando que siempre fué considerado como uno de los Padres de más autoridad en la Iglesia griega. Créese que este autor era un religioso del célebre

monasterio de Estudio. El testimonio que cita de san Tarso, patriarca de Constantinopla, y de san Teodoro Estudita, demuestra que san Doroteo era tenido en grande veneración, y en mucha estima sus escritos. Añade este autor que un hereje, llamado Panfilo, vino á Oriente, y tuvo la osadía de atacar la reputación de este Santo y la de san Barsanuvo; pero esto no sirvió más que para hacerla brillar con más esplendor, pues este hereje no se hubiera atrevido á calumniarle, si su fé no hubiese sido sana y eminente su virtud: porque propio es de los enemigos de la Iglesia exhalar su veneno contra los que defienden la sana doctrina, y edifican con sus virtudes.

Tenemos en favor de san Doroteo un testimonio muy respetable, es el de san Juan Clímaco, Padre también de la Iglesia griega, el cual aprendió los deberes de la vida monástica en los escritos de este Santo, y enriqueció su *Escala Santa* con muchos pasajes que tomó de sus instrucciones, y que refiere casi literalmente.

No poseemos todas las obras de san Doroteo; pero de las que nos quedan se desprende, que leyó la de todos los santos Padres que le precedieron, no sólo en la parte que se refiere á la moral, sino en la que atañe al dogma. En este no hizo más que imitar á la mayor parte de los solitarios, quienes, con motivo de los errores que en aquella época se propagaron, vieron obligados á instruirse de la tradición en las obras de los santos Padres, con el fin de defender la fé contra las artificiosas sutilezas de los herejes, y para no verse arrastrados por todo viento de doctrina. San Doroteo, pues, no quedó encerrado en el retiro de su claustro, consagrado únicamente á recibir, en calidad de discípulo, las instrucciones de san Barsanuvo y del abad Juan, ó á darlas, en calidad de superior, en el monasterio por él fundado. Dios lo dió á su Iglesia para defenderla del error, y á un gran número de personas de